

RÉGINE PERNOUD

ELOÍSA Y ABELARDO

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2011



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Héloïse et Abélard*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1970 by Éditions Albin Michel
© de la traducción, 2011 by José Ramón Monreal Salvador
© de esta edición, 2011 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Ilustración de la cubierta de Leonard Beard

ISBN: 978-84-15277-24-8
DEPÓSITO LEGAL: B. 24 328-2011

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *julio de 2011*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

LOS COMIENZOS DE UN ESTUDIANTE DOTADO

*Dum fuisti manifestus semper claris
es triumphis sublimatus.*

[Mientras viviste en el siglo sólo
conociste triunfos y un esplendor sublime].

ABELARDO, *Planctus David super Abner*

«¡Por fin París!».

El joven estudiante, que lleva ya varios días de camino por esa ruta casi recta—recuerdo del trazado de la antigua vía romana—que une Orleans con París, divisa, en el ángulo que forma un recodo del Sena, unos campanarios y unas torres. Ha dejado a su izquierda la iglesuela de Notre-Dame-des-Champs, así llamada por el hecho de que se encuentra en pleno campo, entre cultivos; ha distinguido, a su derecha, la abadía de Sainte-Geneviève, que domina las viñas cercadas que se extienden por la colina; ha dejado atrás ese edificio con aspecto de gran alquería con su lagar, sus viñedos y sus recios muros: el antiguo palacio de las Termas; y he aquí que puede ver el Petit Pont con la iglesia de Saint-Séverin a la izquierda, y la de Saint-Julien a la derecha, mientras que abajo del todo, en dirección oeste, columbra las casas del burgo de Saint-Germain-des-Prés. Y tomando por el puente, entre las dos hileras de casas y tiendas colgantes sobre el río, repite para sí: «¡Por fin París!».

¿Por qué deseó tanto Pedro Abelardo ver París? ¿Por qué saludó esta llegada como si fuera un paso decisivo en su vida? Cabría decir, sin embargo, de París lo que un poeta contemporáneo:

Paris était à ce jour moult petite.

[París era en aquel tiempo muy pequeño].¹

Apiñada en la isla de la Cité, cuyos límites no rebasa, París dista mucho de ser por aquel entonces una capital; aunque el rey viene en ocasiones a pasar temporadas en palacio, se le ve más en sus otras residencias, de Orleans, de Étampes o de Senlis. Lo que cuenta aquí no es la atracción por «la gran ciudad»; y, por otra parte, hacia el año 1100, ese tipo de atracción no existía en absoluto. En cambio, para un joven de veinte años, hay muchas otras razones para tomar ese camino. El año 1100... Seis meses antes, Godofredo de Bouillon y sus compañeros habían vuelto a tomar posesión de la ciudad santa, de Jerusalén, perdida desde hacía más de cuatro siglos para el mundo cristiano; uno tras otro, se ve regresar a los señores y hombres de armas, una vez cumplido su voto; y otros se movilizan para echar una mano al puñado de caballeros que se han quedado en ultramar; la llamada de Tierra Santa, al igual que la llamada a la peregrinación, resulta en adelante familiar. Por el camino que ha seguido y que es también el de Santiago de Compostela, ¡cuántos peregrinos de esos que marchan en grupos, haciendo una etapa tras otra, no se habrá encontrado Pedro Abelardo! ¡Cuántos mercaderes no habrá visto también, precedidos por sus bestias de carga que se desplazaban de los mercados a las ferias, de las orillas del Loira a las riberas del Sena!

Pero nada de todo ello emociona a Pedro Abelardo. Aunque le anima un deseo de gloria, no espera verlo hecho realidad en las gestas caballerescas. De él, y nada más que de él, dependía recibir, con la herencia paterna, el honor

¹ *Le Moniage Guillaume.*

de las armas. Hijo del señor de Le Pallet, en los confines de Bretaña, acaba por el contrario de renunciar a su derecho de primogenitura en favor de uno u otro de sus dos hermanos, Raúl y Dagoberto. Y aunque comparte el fervor religioso de su época, no es para ganar tal o cual abadía, Saint-Denis, Saint-Marcel o Sainte-Geneviève, por lo que ha tomado el camino de París.

Lo que le atrae es que, tal como explica él mismo en la *Carta a un amigo* [*Epistola ad amicum*]² —que es su autobiografía—, París es ya por excelencia la ciudad de las artes liberales, donde «la dialéctica es particularmente floreciente».

Ser estudiante en el siglo XII consiste, pues, en practicar la dialéctica; discutir de forma interminable de tesis y de hipótesis, de mayor y de menor, de «antecedente» y de «consecuente». Cada época tiene así, más o menos, su caballo de batalla. En nuestro tiempo, el gran hombre es aquel cuyas investigaciones tienen que ver con la genética o la energía nuclear, pero hace apenas unos pocos años la corrien-

² La autobiografía de Abelardo, conocida bajo el título de *Historia calamitatum* o *Lettre à un ami*, ha sido recientemente objeto de una edición crítica por J. Monfrin (1962). La edición corriente es la de la *Patrologia latina* (PL, t. 178). La correspondencia de Abelardo y Eloísa (excelente traducción de O. Gréard, 1869) es auténtica: Étienne Gilson ha establecido este punto con toda la claridad posible (*Héloïse et Abélard*, 3.^a ed., 1964). Véase especialmente, en la obra citada de É. Gilson, Apéndice I, pp. 169 y ss. Las conclusiones eran parecidas en la obra de Enid McLeod, aparecida casi por la misma época que la primera edición de Gilson (*Héloïse*, trad. de 1941). Remitiremos a la primera carta titulada *Lettre à un ami*, con indicación del capítulo; las otras cartas de la correspondencia serán designadas en su orden tradicional: Carta I (de Eloísa), II (de Abelardo), etcétera.

te de interés por el existencialismo llevaba a toda una juventud a discutir del ser y del no-ser, de la esencia y de la existencia; baste decir que en todo tiempo las corrientes del pensamiento han tenido su predominio, capaz de influir en toda una generación, cosa en la que el siglo XII no se diferencia del XX.

Pero lo que entonces preocupa a la inteligencia es la dialéctica, es decir, el arte de razonar, considerado entonces como el arte por excelencia o, como escribía ya doscientos años antes un filólogo y teólogo alemán, Rabano Mauro, «la disciplina de las disciplinas es la que enseña a enseñar, aquella mediante la cual se aprende a aprender; en ella la razón descubre y muestra lo que es, lo que quiere, lo que ve».

La dialéctica abarca, pues, poco más o menos el mismo campo que la lógica; enseña a utilizar ese instrumento que es, por excelencia, el del hombre: la razón, en la búsqueda de la verdad; pero, en tanto que la lógica puede ser obra de un pensador solitario que salta de un razonamiento a otro para deducir una conclusión a la que le ha llevado su búsqueda individual, la dialéctica implica discusión, controversia, intercambio. Y es de esta forma como se persigue entonces, en todos los ámbitos, la búsqueda de la verdad: mediante la discusión, o *disputa*. Tal vez sea esto lo que diferencia el mundo de la enseñanza de entonces del nuestro: el hecho de que resulta inconcebible poder llegar a una verdad que previamente no haya sido «discutida»; de ahí la importancia de la dialéctica que enseña a plantear las premisas de una conversación, a anunciar correctamente los términos de una proposición, a establecer los elementos del pensamiento y del discurso, en fin, todo cuanto permite a la discusión ser fecunda.

Y es así como lo considera Pedro Abelardo; él «prefiere, entre todas las enseñanzas de la filosofía, la dialéctica y sus

armas». Apasionado del saber y de los estudios, primero «recorrió diversas provincias», según su propia expresión, para ir a recoger las enseñanzas de los dialécticos famosos por todas partes donde se hallaban. Desde tierna edad prefirió, resueltamente, el hábito del clérigo a la cota de mallas del caballero. Como dice en su estilo totalmente nutrido de reminiscencias antiguas, «abandoné el campamento de Marte para postrarme a los pies de Minerva»; «cambié las armas de la guerra por las de la lógica y sacrifiqué los trofeos de las guerras a los conflictos de las disputas». No hay que ver, sin embargo, en él a un hijo de familia que se emancipa: está completamente de acuerdo con su padre, Berengario, al renunciar a su derecho de primogenitura y a su parte de la herencia. El señor de Le Pallet ha hecho cuanto ha podido para animarle a responder a una evidente vocación, pues Pedro, ya desde sus primeros estudios, ha revelado poseer un espíritu prodigiosamente dotado, y sus brillantes aptitudes correspondían a los gustos paternos: «mi padre, antes de ceñir la espada, había adquirido cierto conocimiento de las letras. Y, más tarde, fue tal su pasión por aprender que dispuso que todos sus hijos, antes de ejercitarse en las armas, se instruyeran en las letras, y así se hizo. A mí, su primogénito, cuidó de educarme con tanto esmero cuanto mayor era su predilección por mí».

Se trata de un hecho que está lejos de ser, por otra parte, excepcional: por la misma época, el conde de Anjou, Fulco el Réchin, redactó personalmente la crónica histórica de su familia. El conde de Blois, Esteban, que había partido para la primera cruzada, le escribió a su mujer unas cartas que constituyen una de las fuentes más preciosas para conocer la historia del acontecimiento en el que participa. Y no hay que olvidar al conde de Poitiers, Guillermo, duque de Aquitania, el primero en sentido cronológico de nuestros trovadores.

Así pues, Pedro Abelardo ha dejado su Bretaña natal, su casa solariega, su familia, y, «siempre disputando», dice, ha pasado de una escuela a otra, ávido como está de amueblar su memoria y su razonamiento con todo el arsenal de definiciones y de modos de argumentación entonces en uso. Ha aprendido a utilizar el vocabulario filosófico, sin el cual resulta imposible abordar las *Categorías* de Aristóteles: a saber, qué son «género, diferencia, especie, propio y accidente»; supongamos un individuo, Sócrates; éste tiene como propio lo que hace que sea Sócrates y no otro. «Pero, si se desdeña la diferencia (la “socraticidad”), no puede considerarse en Sócrates más que el hombre, es decir, el animal razonable y mortal, y he aquí la especie (la especie humana)... Si mentalmente se abstrae también el hecho de que es razonable y mortal, queda lo que implica el término animal y he aquí el género», etcétera.³ Y ha aprendido a relacionar la especie con el género que es la relación de la parte con el todo, a distinguir la esencia del accidente, a plantear las reglas del silogismo, la premisa y el predicado (todos los hombres son mortales, Sócrates es hombre, por tanto Sócrates...), todas las bases del razonamiento abstracto en las que no se deja, a la manera de aquel tiempo, de resumir lo esencial en unos breves poemas mnemotécnicos:

Si sol est, et lux est; at sol est: igitur lux.
Si non sol, non lux est; at lux est: igitur sol.
Non est sol et non lux; at sol est: igitur lux.

[Si hay sol, hay luz; hay sol, por tanto hay luz.
 Sin sol, no hay luz; hay luz, por tanto hay sol.]

³ *Dialectica*, V. Cousin (ed.), *Ouvrages inédits d'Abélard*, París, 1836, pp. 518 e Introd. CXXII-CXXIII.

No puede haber a la vez sol y no luz;
hay sol, por tanto hay luz].⁴

Abelardo aprendió sin duda estos primeros rudimentos de la dialéctica en la región de la que era oriundo. ¿Acaso no goza Bretaña de fama de dar «espíritus vivos y aplicados al estudio de las artes»?⁵ Él mismo declara que debe a «la virtud de la tierra natal» su sutileza mental. Y efectivamente en los textos encontramos mención de varias escuelas de Bretaña a partir del siglo XI: una en Pornic; otra en Nantes, donde enseña un tal Raúl el Gramático; otra en Vannes; otra en Redon, en Quimperlé, etcétera. Sin embargo, ninguna de ellas alcanzará la celebridad de las grandes escuelas de Angers, de Le Mans y, menos aún, de la de Chartres, que harán ilustre dos compatriotas de Abelardo, los bretones Bernardo y Thierry de Chartres. Cuando alude a las provincias que recorre, se trata sin duda alguna del Maine, de Anjou, de Turena, y sabemos a ciencia cierta que estudió en Loches con un dialéctico famoso: Roscelino. Mucho más tarde, este último recordará a Pedro Abelardo, que se sentó largo tiempo a sus pies «como el más ínfimo de sus alumnos» (en el ínterin, los dos hombres se habrán enemistado).

Curiosa figura la del tal Roscelino y merecedora de que nos detengamos por un momento en ella, pues desempeña un papel en la historia de Abelardo. Tuvo una vida agitada. Siendo primero maestro de escuela en Compiègne, no tardó en tener diferencias con las autoridades eclesiás-

⁴ Citado en F. J. E. Raby, *A History of Secular Latin Poetry in the Middle Ages*, 2 vols. en octavo, Oxford, 1957, t. I, p. 287.

⁵ Otón de Frisinga, *Gesta Friderici imperatoris*, I, 49, p. 55. Citado en E. Lesne, *Histoire de la propriété ecclésiastique en France*, t. V: *Les Écoles de la fin du VIII^e siècle à la fin du XII^e siècle*, Lille, 1940, p. 105.

ticas. Condenado en 1093 en el concilio de Soissons, pasó un tiempo en Inglaterra; allí no le preocupó otra cosa que alzarse contra las costumbres del clero inglés; la Iglesia de Inglaterra, por aquella época, es poco rigurosa en lo que a la cuestión del celibato se refiere y Roscelino se escandaliza de que se admita al sacerdocio a hijos de curas. A continuación lo encontramos como canónigo de Saint-Martin de Tours. Al poco entra en conflicto con Roberto de Arbrissel—otro compatriota de Abelardo—, el famoso predicador ambulante cuya palabra lleva irresistiblemente a Dios a quienes lo escuchan, y que arrastra con él a toda una muchedumbre en la que se confunden los caballeros y los clérigos, las damas nobles y las prostitutas; Roscelino, con quien casa la expresión popular que reza «Piensa mal y acertarás», juzga severamente a la heteróclita muchedumbre que sigue a Roberto, y que éste no tardará en establecer en un lugar fijo, fundando la Orden de Fontevrault. Exhortado él mismo por el famoso canonista Yves de Chartres a «no querer mostrarse más sabio de lo conveniente», Roscelino ha retomado su enseñanza en Loches y sin duda será gracias a él que a Abelardo le llegará por primera vez un eco de la gran querrela de aquel tiempo, la que apasiona a todo el mundo del pensamiento de entonces: la cuestión de los universales.

Cuando, según las *Categorías* de Aristóteles, se habla de género y de especie, ¿designan éstos realidades o concepciones del espíritu? ¿O bien se trata de simples palabras? ¿Es posible hablar con pleno derecho del hombre en general, del animal, etcétera? En tal caso, ¿existe en alguna parte de la naturaleza una realidad, un arquetipo, una especie de modelo del que cada hombre sería como el ejemplar más o menos logrado, salido de ese mismo molde? ¿O, por el contrario, el término «hombre» no es más que una palabra, un

artificio de lenguaje, y no hay ningún elemento de identidad entre un hombre y otro? Preguntas discutidas con pasión y que dividen a los grandes dialécticos de aquel tiempo, cada uno aportando su sistema y su solución.

¿Fue verdaderamente Abelardo «el más ínfimo» de los alumnos de Roscelino, *discipulorum minimus*? Lo cierto es que algo quedará en él de la huella de su primer maestro, puesto que, para Roscelino, los universales—los géneros y las especies—no son más que palabras. Y aunque algún día el alumno prescindiera de esta concepción, aunque termine por posicionarse como adversario de su viejo maestro de Loches, en él persistirá no obstante un cierto viso de la primera enseñanza recibida.

Su formación no está restringida, sin duda, a la dialéctica. Abelardo, como todos los estudiantes de su tiempo, ha sido iniciado en las siete artes liberales, entre las que se reparten entonces las diversas ramas del saber; estudió, pues, que está en la base de toda instrucción, la *gramática*, es decir, no sólo lo que hoy designamos con este nombre, sino también, más en general, lo que denominamos las *letras*, la literatura. Se familiariza con los autores latinos conocidos en su tiempo: Ovidio, Lucano, Virgilio, y muchos otros. Se ha ejercitado en la retórica, el arte de la elocuencia para el que está naturalmente dotado, y, como ya hemos visto, en la dialéctica; en cuanto a las otras ramas del saber: aritmética, geometría, música, astronomía, le interesaron claramente menos; se confiesa una absoluta nulidad en matemáticas a pesar de haber leído el tratado de Boecio que constituye la base de la enseñanza de esta ciencia. Añádase a ello que, aunque tiene, como la mayor parte de los clérigos de la época, algún barniz de griego y de hebreo—justo lo necesario para comprender el sentido de algunos pasajes de las Sagradas Escrituras—, no conoce, de los maestros del

pensamiento griego, más que las obras entonces traducidas al latín que han comenzado a divulgarse en Occidente. De Platón, el *Timeo*, *Fedón*, la *República*; de Aristóteles, el *Organon*; al ser unas y otras obras conocidas a través de extractos y comentarios de autores latinos, antiguos como Cicerón, o medievales como Boecio.

«Llegué por fin a París». ⁶ Este «por fin» emparenta curiosamente a Abelardo con nuestro tiempo: hoy día un estudiante de filosofía que hubiera comenzado sus estudios en provincias no se expresaría de manera distinta. Abelardo no nos da ningún detalle sobre su viaje. Por la misma época, un monje de Fleury (Saint-Benoît-sur-Loire), Raúl Tortaire, que se dirigía de Caen a Bayeux, nos dejó de este corto trayecto una vivísima descripción: se quedó maravillado de todos los productos que pudo ver en el mercado de Caen; cuenta cómo se cruzó por el camino con el cortejo del rey de Inglaterra, Enrique I, que iba ataviado con una túnica púrpura, rodeado de una escolta de escuderos y seguido de una verdadera casa de fieras salvajes, incluido un camello y un avestruz. A continuación fue testigo, desde la orilla, de la caza de la ballena, que describió en términos pintorescos, y concluye declarando que se creyó envenenado por la bebida—un vino peleón agrio—que le sirvieron a su llegada a Bayeux. ⁷ Pero no hay que buscar en la *Carta a un amigo*, como tampoco en el resto de la obra de Abelardo, detalles concretos; él es un filósofo, no un narrador. Lo más probable es que, siendo hijo de un señor que

⁶ *Lettre à un ami*, cap. 2, así como los extractos que siguen.

⁷ Cf. extractos citados en F. J. E. Raby, *A History of Secular Latin Poetry in the Middle Ages*, *op. cit.*, t. II, p. 25.